

combate rompieron el débil cordón de las tropas enemigas. Desde este instante, Beaulieu ya no pensó sino en escapar. De sus destacamentos, unos se metieron en Mantua, cuya guarnición se elevó á más de doce mil hombres; los otros remontaron el Adige hasta las montañas del Tirol; la misma Peschiera fué evacuada, y no quedó en Italia, fuera de Mantua, un solo soldado austriaco. Bonaparte dejó á Massena con veinticinco batallones para vigilar el valle del Adige y la extremidad meridional del lago Garda; encomendó el sitio de Mantua á las divisiones Serurier y Augereau, y por su parte se dispuso á emprender expediciones contra los otros Estados italianos.

La palabra que Bonaparte empeñara al Directorio: «Otorgadme vuestra confianza, é Italia será vuestra», estaba cumplida. Toda la alta Península, desde los Alpés marítimos hasta el Adriático, quedaba sometida á la dominación francesa. Sabía bien Napoleón que Austria enviaría numerosos ejércitos para salvar á Mantua y recobrar lo perdido, y aprovechó este paréntesis para fortificarse y debilitar los poderes hostiles. Importábale poseer á Verona, que dominaba el camino del Tirol á Mantua, y para esto, se fingió muy enojado en la audiencia que concedió el primero de Junio al enviado veneciano, el «Proveedor general de Tierra-Firme», Foscarini, carácter dulce y débil y que había defendido siempre á Francia. «Venecia, le dijo, ha revelado sus sentimientos hostiles y pérfidos, primero, dispensando su protección á Luis XVI; luego, entregando Peschiera á los austriacos; tengo orden del Directorio de bombardear y reducir á cenizas la ciudad de Verona, asilo del pretendiente; Peschiera no ha podido ser recobrada sino al precio de sangre francesa, y todo esto grita venganza contra la desleal Venecia». Foscarini, aturdido con aquella inesperada violencia, se limitó á pedir gracia para la infeliz Verona, y mostró gran regocijo cuando Bonaparte, después de larga resistencia, renunció á bombardear la plaza, á condición de poner en ella guarnición francesa, que en aquellos instantes forzaba las puertas de la ciudad. Con esta política consiguió su objeto. Venecia, para calmar la cólera del general, envió á dos de los más respetables individuos del ministerio, Battagia y Erizzo, los cuales no se opusieron á la ocupación de Verona y prometieron abundancia de víveres para el ejército, siempre que se librase á los habitantes de los desenfrenos de la soldadesca. Era pedir lo imposible. De la misma suerte que en el Piamonte y en la Lombardia, las casas fueron saqueadas, los campos devastados y maltratadas las mujeres. La población gemía de dolor y de rabia, y pedía de todos lados á la Señoría autorización para sublevarse. El Senado de Venecia decidió continuar en estado neutral, lo que agradó á Bonaparte, porque le permitía explotarlo á su gusto. Por de pronto, le pidió un préstamo de doce millones.

El mismo primero de Junio en que Foscarini sufría las amenazas del orgulloso vencedor, un emisario napolitano, el príncipe Belmonte-Pignatelli, llegó al cuartel general de Bonaparte, para concluir un armisticio. Bonaparte le recibió con agrado, y le manifestó

que, en vista de los triunfos alcanzados por las armas francesas, era menester que Nápoles le ofreciese en cambio positivas ventajas. Belmonte le respondió que era importante ventaja el retirar la caballería napolitana del ejército austriaco. Bonaparte apeló entonces á sus procedimientos diplomáticos. Con la mayor sangre fría y como militar consumado, puso de relieve la crítica situación de Nápoles; dijo que el ejército francés, con los refuerzos que acababa de recibir, contaba con ochenta mil hombres, cuya mitad le bastaba para bloquear á Mantua y cerrar los caminos del Tirol, pudiendo, con la otra mitad, atacar los Estados de la Iglesia; que dentro de quince días estaría en Bolonia, dentro de cuatro semanas en Roma, de donde marcharía contra Nápoles, que sólo tenía veinticinco mil bisoños que oponer á sus veteranos victoriosos, no contando los treinta mil milicianos, que no valían un comino. En vista de lo cual, procedía como buen amigo consintiendo en una tregua, sin más condiciones que la expulsión de los emigrados franceses y el cierre de los puertos napolitanos á los ingleses. Pero toda la diplomacia bonapartista se estrelló en la firmeza de Belmonte, el cual contestó que semejantes proposiciones eran injuriosas é inadmisibles, y triunfó de su rival, consiguiendo, después de dos largas conferencias, que Napoleón aceptase la tregua en los términos que se le había propuesto, con la adición de que los navíos napolitanos se separarían de la flota inglesa y que Nápoles enviaría, adonde le indicase el Directorio, un embajador para negociar la paz definitiva.

Firmado este tratado, Bonaparte regresó á Milán, donde se ocupó en la organización política que había de darse á la Lombardia. Sus planes en este punto divergían completamente de los del Directorio, para quien la ocupación de Milán no tenía otra ventaja que la de facilitarle cuando la paz, á cambio de su devolución, la cesión de Bélgica, y dada esta disposición, su único deseo era explotarlo. Bonaparte pensaba todo lo contrario; amaba á Italia, no para emanciparla y hacerla feliz, sino para dominarla y poseerla, y por nada ni por nadie estaba dispuesto á consentir que el gobierno italiano volviese á pisar la Península. De los sardos había escrito al Directorio que no estaban maduros para una revolución; de los milaneses escribió que eran dignos de la libertad republicana. Reunió en torno suyo á los pocos demócratas de la ciudad, y el once de Junio anunció al Directorio que salía para París una diputación del pueblo lombardo, á implorar la protección de Francia contra la vuelta de la odiosa dominación austriaca. «Se está acostumbrado aquí á la libertad, escribía; la juventud se presenta en multitudes á pedir servicio en nuestros cuerpos; no la admitimos, por ser, en mi sentir, contrario á las leyes; pero quizás convendría formar un batallón de lombardos, que, mandado por franceses, nos ayudaría á contener el país». Declaraba á continuación que nada haría, en asunto tan delicado, sin las órdenes del Directorio; pero, ahora como siempre, forzó al Directorio, por actos irrevocables, á prestarle su asentimiento.

Remota todavía la llegada de los refuerzos austriacos, Bonaparte ordenó á la división

Augereau, acampada delante de Mántua, y á la de Vaubois, que llegaba de los Alpes, pasar el Po, penetrar en Módena y en las Legaciones pontificias y caer sobre Polonia y Ferrara, mientras él se adelantaría hacia Tortona, con el intento de aplicar á algunas aldeas turbulentas castigos como los de Binasco y Pavía, y prevenir al Senado de Génova acerca de su situación futura. Suponía Bonaparte que los campesinos se lanzaban al campo por manejos del embajador de Austria en Génova, y para cortar este abuso, envió á Murat para que leyese al Senado genovés una carta, en la que amenazaba á la pequeña República con la ocupación militar, á sus empleados con la muerte y á sus aldeas con el incendio, si seguía despreciando los deberes que le imponía su condición de neutral. Lanzado este rayo, se incorporó á las huestes de Augereau en los Estados de la Iglesia, resuelto á saldar, de una vez para siempre, sus cuentas con el Papa. Quizás desde los Lombardos, no se había visto la curia romana amenazada de peligro tan formidable. Ninguna de las potencias católicas podía ni quería ayudarle. Austria acababa de ser lanzada de Italia; España estaba á punto de aliarse con Francia, y el Directorio esperaba con impaciencia el instante de acabar con los Estados de la Iglesia y con la Iglesia misma. Las armas espirituales del Papado no estaban menos enmohecidas que las políticas. La opinión pública del mundo civilizado era hostil á la Iglesia católica á la sazón; se expresaba con respecto al Papado no solamente con disgusto y encono, sino, lo que es más grave, con indiferencia y desprecio. En los dominios pontificios no digamos; todo era descomposición y miseria. El gobierno eclesiástico, que somete al mismo dominio el cuerpo y el alma, el derecho y la moral, la riqueza y la cultura, había enervado el Estado en todas sus corporaciones. La mayor parte de los habitantes vegetaban en la ociosidad y en la ignorancia, indiferentes los unos, irritados los otros contra el gobierno. Lo que se llamaba ejército papal era la milicia más pacífica del mundo; sus batallones se desbandaron á los primeros disparos de los franceses; los comandantes de los fuertes se entregaron á la primera intimación. En días fueron tomadas las ciudades y las campañas de las legaciones de Bolonia y Ferrara. Todo el mundo esperaba que los vencedores seguirían su camino hacia Roma; pero no era esta la intención de Bonaparte, quien, lejos de derribar al Papado, se proponía dominarle y servirse de él como instrumento para dirigir á los hombres conforme á su voluntad. El negociador por parte de Roma fué el embajador de España, Azara, que se trasladó á Bolonia, donde le aguardaban amargas emociones. Cuando expresó la esperanza de que Bonaparte accedería á la tregua por la suma de cuatro ó cinco millones, éste se desató en insultos y maldiciones, en medio de los cuales fué diciendo que se ofendía á Francia pidiéndole por tan vil precio perdonar al Papa, su mayor enemigo, y exigía, bajo amenaza de exterminio inmediato, la ocupación de las Legaciones, el pago de cuarenta millones de francos, el Tesoro de la Santa Casa de Loreto, la entrega de cien obras de arte y de dos mil manuscritos del Vaticano. A cada observación que oponía el embajador,

respondía Bonaparte con un torrente de denuestos, al extremo de que Azara se retiró á su alojamiento llorando de vergüenza y de coraje. Gracias que los comisarios del gobierno, por cuya invitación Azara había ido á Roma, intervinieron, y merced á su influencia se logró concluir la tregua el veintitres de Junio, en condiciones un poco más moderadas, pero duras todavía. Bolonia y Ferrara serían vigiladas por Francia; guarnición francesa ocuparía la ciudadela de Ancona; el Papa pagaría veintiún millones de francos y entregaría cien obras de arte y doscientos manuscritos; las Legaciones ocupadas suministrarían trece millones en dinero y en especie; se devolvería la libertad á todos los presos políticos; se expulsaría á los ingleses de los puertos pertenecientes al Papa, y en fin, éste prometía abrir con el Directorio negociaciones para la paz, cuya conclusión recomendó Bonaparte á los directores que no apresurasen, para tener la suerte del Papa más tiempo en sus manos. Enseguida, participó Bonaparte al gobierno haber invitado á los bolonios á prescindir de las leyes papales, que estaban en contradicción con sus antiguos derechos, y que esta invitación había sido acogida con tanto entusiasmo que no hacía falta en Bolonia guarnición francesa. «Según les enzarzo con la corte de Roma, decía, temerán siempre su venganza y su resentimiento». Con esto echaba aquí el germen de una república á expensas del Papa, como lo había sembrado en Lombardía á expensas del emperador. «Semejante República, escribía el dos de Julio, rivalizaría con Venecia, anularía el poder Papal y, á la larga, arrastraría á Roma y Toscana al partido de la libertad». Del mismo modo que de Milán, una diputación partió de Bolonia para París, muy recomendada al Directorio por Bonaparte. «Me complace, escribía éste, ver á París transformado en punto de cita de toda Europa».

Dos días después de firmada la tregua con el Papa, la división Vaubois, que había sido enviada á Roma al través de la Toscana, recibió orden de torcer á la derecha, desde Pistoia, y marchar contra Livurna. Cuando la columna llegaba delante de la ciudad, Bonaparte hacía entregar al Gran Duque de Toscana una carta, en la que le explicaba las causas de esta violenta determinación, consistentes en que los ingleses disponían del puerto de Livurna como si fuese suyo, llevando á él las presas hechas á la marina francesa. Callóse el general otra causa, quizás más poderosa; la perspectiva de rico botín, hallándose en estos instantes lleno el puerto de navíos ingleses y los almacenes de mercancías. Los barcos se escaparon, pero las mercancías confiscadas importaron la suma de unos cuarenta millones de francos. En Florencia, el Gran Duque sentó á su mesa, con grandes distinciones, al general que acababa de matar la prosperidad de su ciudad más floreciente. «No ha huído, escribía más tarde Bonaparte; ha permanecido firme en su capital, rodeado de nuestras tropas y fiado en la lealtad francesa; esta conducta le ha valido mi estimación». Punto capital del plan de Bonaparte era cerrar á los ingleses los puertos de Italia en ambos mares. Acababa de conseguirlo respecto de Livurna y Ancona. Livurna fué desde entonces

su punto de apoyo para recobrar á Córcega, cuyos habitantes comenzaban á removerse contra los ingleses. Los rudos modales de estos dominadores les disgustaban, al par que les entusiasmaban las victorias de su compatriota. Preveíase que, al primer desembarco de las tropas francesas, los ingleses tendrían que evacuar la isla, expulsados por sus habitantes. Bonaparte no se daba punto de reposo. A primeros de Julio regresó á Lombardia, resuelto á poner el sello, con la toma de Mantua, á su dominación sobre Italia. Con la artillería traída de Módena, Urbino y Ferrara, transformó el acordonamiento en sitio activo, y no perdonó medio para derribar los muros antes de que llegasen los socorros de los austriacos. Sus antiguos planes de penetrar en los Estados hereditarios del Austria quedaron aplazados mientras Mantua no se rindiese, y como la flota inglesa, dueña de los mares, amenazaba las posiciones de los franceses en las costas, tampoco después de tomada Mantua podría considerarse asegurada la dominación francesa en Italia, en tanto no desapareciese del Mediterráneo el pabellón inglés. Para esta difícil empresa, el Directorio dió un gran paso concluyendo con España un tratado de alianza ofensiva y defensiva, cuyo génesis y términos debemos pararnos unos instantes á considerar.

Al firmarse la paz de Basilea, el duque de Alcudia había expresado ya el deseo de concluir una alianza con Francia, el cual deseo fué creciendo en lo ulterior por motivos meramente personales. No obstante la popularidad y el prestigio que le valió á Godoy la conclusión de la paz, sabía éste bien que parte muy considerable de la nobleza y sobre todo del clero, cuya influencia era incontrastable, no le perdonaría nunca el haber puesto á España en buenas relaciones con los impíos demócratas de París, y que por el propio motivo le eran hostiles la Curia romana, las cortes de Nápoles, de Parma y de Lisboa, que ejercían poderosa influencia en el ánimo de la reina Luisa. Frente á tantos y tan valiosos adversarios, el príncipe de la Paz vióse obligado á buscar fuera un apoyo, que solamente Francia podía prestarle, y de aquí su inclinación á la alianza con la República francesa. Por otra parte, cada día odiaba más á Inglaterra, á la que la corte española fué mirando con prevención creciente á medida que el pabellón inglés se extendió por el Océano y el Mediterráneo, á expensas del francés. El resultado de todos estos influjos fué el impulso dado á los armamentos marítimos inmediatamente después de la paz de Basilea, y la orden comunicada el once de Septiembre á Iriarte, de practicar gestiones para una alianza con Francia, conforme al proyecto que le envió unas semanas después el príncipe de la Paz. Buscaba éste un punto de apoyo: la seguridad de ser ayudado en el caso de que Inglaterra le atacase, un tratado meramente defensivo, ó que, si era defensivo y ofensivo, no se aplicase á la guerra pendiente. Los franceses querían precisamente lo que Godoy procuraba eludir, que España tomase parte activa en la guerra marítima, y desecharon el proyecto restringido del ministro español. Suspendidas las conferencias, por grave enfermedad de Iriarte, pensaron los directores que sería mejor, para convertir á Godoy

á sus miras, continuar las negociaciones en Madrid, y, al efecto, nombraron al general Pelignon, carácter grave, reflexivo, prudente, intachable en la vida pública, aunque de integridad dudosa en la privada, imponiéndole de secretario, y con encargo de vigilarle políticamente, á Mangourit, celoso demócrata y clubista. En las instrucciones, datadas el treinta y uno de Diciembre, decíase que sólo se trataba de renovar el Pacto de Familia, concluido entre los Borbones, fundir la política de los dos países y asegurar la participación de España en todas las guerras de Francia; que siendo idénticos los intereses de las dos naciones, su alianza la imponía la naturaleza y nunca sería ni demasiado estrecha ni excesivamente extensa; que Francia ofrecía á España ayudarla á reconquistar á Gibraltar y restablecer las pesquerías de Terranova, no pidiendo, en cambio, sino recobrar la posesión de la Luisiana, ó, á lo menos, obtener el derecho de navegar por el Missisipi. Varias circunstancias retardaron hasta el mes de Abril la partida del nuevo embajador, y este aplazamiento favoreció los deseos de los franceses; porque el príncipe de la Paz recibió durante el invierno tan grandes pruebas de enemistad de sus adversarios, que el interés personal acabó por sobreponerse en su alma á todo miramiento, formando la resolución, á despecho de todos los peligros y sufrimientos, de comprometer á España en la guerra contra Inglaterra. «Si la República francesa fuese derribada, derribada sería mi cabeza», decía poco tiempo después á Pelignon. Y no se equivocaba. Toda su omnipotencia se fundaba en la desenfrenada pasión que había encendido en el corazón de la reina Luisa, y no hay para qué decir cuán quebradizo era un poder desprovisto por completo de bases morales. Contábanse, entre sus muchos enemigos, el gran inquisidor, de mediano entendimiento, pero armado con la enorme fuerza que presta una función sagrada, y el mismo confesor de la reina, el más insinuante y el más astuto de sus contemporáneos. A estos influjos se juntaban las gestiones del gobierno napolitano, aterrado de ver á los franceses amenazar cada día más á Italia, y que ponía en acción todos sus recursos contra la nueva política de Godoy. Juntas todas estas fuerzas, llegaron á cambiar el ánimo de la reina, en cuyo nombre, y en el de la de Nápoles, se redactó una *Memoria* que había de poner fin á la privanza del príncipe de la Paz. La propia Luisa se encargó de presentar la *Memoria* al próximo Consejo de ministros, y de obtener de su amante, con traidora afabilidad, que no asistiese á la sesión, á pretexto de tener que tratarse en ella de su elevación al almirantazgo de Castilla. Pero, la víspera del Consejo, Godoy se enteró de todo lo tramado en la misma embajada de Nápoles, y aquella misma noche pidió á la reina Luisa una entrevista, en la que, alternativamente feroz, colérico y tierno, desplegó tales extremos de seducción que la escena acabó por una reconciliación completa; tan completa, que Luisa le nombró á sus cómplices, algunos de los cuales fueron arrestados aquella misma noche. No mucho después de estos sucesos, el once de Abril, llegó á Madrid Perignon, que, naturalmente, halló al ministro dispuesto á la alianza. La presentación del embaja-